

## 31. Pensar al revés

La duda como origen de la filosofía parece conducir al resultado menos previsto: tal vez la duda nunca se resuelve y a lo que vamos arribando por medio de la filosofía es a tensiones, aporías, contradicciones, paradojas, a un estado de duda permanente que pueden pensarse como figuras de cuestionamiento radical frente a lo establecido. Sobre todo porque lo establecido solo admite certezas —y si son definitivas, mejor— y destierra cualquier estado de indefinición al tacho de basura de lo inservible.

En realidad, lo que nos preguntamos es lo siguiente: ¿por qué no pensar al revés la labor filosófica? Aunque en términos existenciales seamos conscientes de la indefiniciones que nos rodean, también es cierto que nuestra vida cotidiana necesita —la nuestra y la cotidianidad como valor sobre todo— certezas. Vivimos rodeados de funcionamientos y utilidades que no dan margen a lo imprevisible. No pueden darlo: es la esencia misma de la cotidianidad. Nadie se subiría a un ascensor si no diéramos por supuesto que va a andar y bien. Nadie firmaría ningún contrato si no se diéramos por supuesto que se van a cumplir; o que si no se cumplieren podríamos realizar una denuncia. Hay en principio una valoración ambigua del sentido del conocimiento. O por lo menos, hay una forma de entender el *para qué* del saber que hoy puede abrirse y pensarse desde otras perspectivas.

Venimos siendo constituidos en nuestra identidad cultural y filosófica a través de esas primeras preguntas que se fueron haciendo en el pasado y cuyo principal interés o intención siempre ha sido la necesidad de cerrar, de encontrar respuestas, de alcanzar un saber definitivo, de arribar a la verdad. Es

decir; frente a la evidente ausencia de sentido que hallamos en nuestras zonas existenciales como el origen, la muerte, las grandes razones, el saber se fue creando a sí mismo con el propósito de poder responder y llenar estos vacíos. Siempre entendimos que el conocimiento surge como la respuesta correcta a un interrogante abierto, pero en este esquema el motivo se invierte. Es que una cosa es el enigma sobre cuál colectivo me deja más rápido en La Plata y otra cosa es el enigma sobre el sentido de la vida. Pero como ambos son enigmas, los encaramos con la misma estrategia; y creemos que así como en la vida cotidiana se trata de resolver problemas, en los grandes temas filosóficos se trata de lo mismo.

La filosofía es lo otro de la cotidianidad. Surge desde, pero la invierte, la interrumpe. Y como toda otredad mantiene una relación de mutua implicación y negación. No tendría mucho sentido pensar la resolución de problemas cotidianos desde la incertidumbre, o sea desde su irresolubilidad. Pero esta necesidad de resolución se desplaza hacia el ámbito de las grandes cuestiones, y así creemos que es posible encontrar un sentido cerrado para la pregunta por el *por qué* de la muerte, por ejemplo, como si esta cuestión fuera de la misma índole que la pregunta por el *por qué* se rompió la cañería o cómo hago para llegar más rápido al centro. Todo el sentido de la filosofía se viene justificando como una manera de encontrar una verdad última que explique lo que está abierto y nos desangustie. Todo el sentido de la filosofía así entendida parecería estar en esta necesidad de disolución de nuestras angustias estructurales. Por eso el esquema es buen lineal: hay preguntas abiertas y el ser humano sale a cerrarlas. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que las cierra? ¿Y cómo sería entonces? ¿Cómo va a ser el día que la humanidad responda todas las preguntas de modo definitivo y el ideal del saber se cumpla? ¿Qué haremos después? ¿Seguirá existiendo la filosofía? O peor, ¿seguiría existiendo el saber? ¿Y si fuera al revés? ¿Y si el funcionamiento diario de la realidad no es más que una de las tantas posibilidades en que las cosas

se manifiestan sobre tantas otras posibilidades? ¿Y si la certezas cotidianas representan en realidad una de la tantas formas posibles en que las cosas pueden darse, excluyendo, opacando, invisibilizando, dejando de lado en este movimiento a tantas otras posibles? La fuerza de la cotidianidad está en su carácter incuestionable, en su obviedad. Por eso se actúa como si todo lo que sucediese, tendría que suceder de ese modo. O sea, se actúa como si no hubiese otras perspectivas, como si este modo en que las cosas son, respondiese a la naturaleza misma de lo real.

Si así fuera, una vez más, el esquema se invierte. Hacer filosofía se convierte entonces más que en una búsqueda de sentido, en un hacer explotar el sentido impuesto. *Hacer filosofía se vuelve no tanto la necesidad de calmar la angustia encontrando certezas definitivas, sino en desmontar los modos en que el día a día se nos presenta como definitivo. Se vuelve un ejercicio de desmontaje, de deconstrucción, de cierto tipo de desenmascaramiento. Frente a la imposición de un pensamiento cerrado y último, la filosofía prioriza el abrir esas verdades y colocarlas en la duda.* La duda deja de ser un método para alcanzar una verdad, como sostenía Descartes, y se transforma cada vez más en la finalidad misma del pensamiento. El esquema se invierte simplemente porque nunca se parte de cero. Siempre nos encontramos situados en una facticidad desde la que pensamos. Pero esta facticidad siempre supone una cierta forma en que las cosas se nos presentan y en general esta forma coincide con la interpretación del poder. Ni siquiera con un poder concreto que se pueda visualizar o comprender. Poder, en el sentido por el cual ciertas formas se imponen y destierran a otras. ¿Por qué no tenía que subir al colectivo rojo? ¿A dónde me va a llevar? A la ciudad de La Plata. ¿Y qué tiene que ver La Plata con lo que me dijo Bernardo? Seguramente Bernardo dijo cualquier cosa. No llegué a mirar el número del colectivo rojo, pero aquí todo se ve tranquilo. Ya no llueve. Los pocos pasajeros están durmiendo. El cansancio me puede. Creo que me dormí.

¿Estoy dormido o estoy despierto? No puedo creer que me esté haciendo esta pregunta. Si me estoy haciendo esta pregunta es porque estoy dormido, supongo ahora que estoy despierto. O bien, si me estoy haciendo esta pregunta es porque estoy despierto, supongo ahora que estoy dormido. En realidad, la pregunta es una estupidez: estoy despierto. La duda acerca del carácter de ensoñación de nuestra realidad no es más que un juego mental. Pero, ¿y qué no? ¿Cuándo la duda no surge como juego mental, como curiosidad, como sospecha frente a lo insospechable? Quiero decir; dudar de lo que se nos presenta cuando el estado de cosas es caótico, es fácil. La duda surge naturalmente. Si todo se está cayendo a pedazos, dudo de todo. Pero si todo está quieto, funcionando, en paz y sin ningún problema a la vista, la duda no aparece. Es más, si apareciese en la propuesta de alguien, rápidamente sería descartada como molesta, como inútil. Aunque mucha filosofía surge en un contexto de crisis y derrumbe de ciertos paradigmas, lo interesante es hacerla surgir desde los estados de comodidad, de eficiencia, de estabilidad. Cuando todo funciona demasiado bien y sin conflictos es legítimo sospechar y desplegar la pregunta. Si es cierto que los poderes buscan siempre hacer desaparecer los conflictos presentándolos como obvios y normales, entonces hacer surgir la duda aunque “no hiciese falta”, tal vez nos haga llegar a desenmascaramientos insospechados.

No tiene sentido pensar que este viaje a La Plata en este colectivo sea un sueño, pero justamente porque no tiene sentido es que nos debemos la pregunta: ¿y si estamos durmiendo? Está claro que cuando soñamos no sabemos que estamos soñando, con lo cual podríamos tranquilamente estar confundiendo ambos estados. En este momento podría estar en mi cama soñando que estoy en un colectivo rojo preguntándome si estoy despierto o dormido; y no habría manera de resolver esta cuestión desde el momento en que podría ser posible que dentro de unos segundos me despertase en mi

cama recordando este sueño. Cualquiera que no sea yo sabe que no estoy soñando, pero yo no lo puedo saber. Puedo saber de cualquier otro si está o no está soñando, pero nunca de mi propia persona. Es un límite. Otro más. Nada en mí podría, dice Descartes en *Las meditaciones metafísicas*<sup>98</sup>, resolver esta cuestión, sino que es una problemática que solo se puede resolver desde afuera. ¿Pero cómo? ¿Por qué confiaría en un otro sobre mi propia duda, sobre mi propia búsqueda? ¿Por qué ese otro no estaría también condicionado por mi propia subjetividad? Si parto de mí mismo, no salgo de mí mismo: este rutilante axioma explica muchos de los problemas de la filosofía moderna. Lo cierto es que preguntarse si todo esto es o no un sueño constituye una de las figuras de la pregunta filosófica, una de las formas de la duda. Hacer filosofía es emprender este tipo de cuestionamiento aunque no haya una urgencia a la vista. Simplemente voy en la alta noche viajando en un colectivo rojo donde veo a casi todos los pocos pasajeros durmiendo y me pregunto si esto que estoy viviendo está o no está pasando de verdad. Una pregunta sin sentido. Una pregunta inútil. Una pregunta filosófica.

¿Hasta dónde alcanza la radicalidad de la duda? ¿Qué significa poner todo en duda? ¿Qué significa cuestionarlo todo? ¿Para qué sirve? ¿Se llega a algún lado? ¿Pero hay algún lado donde llegar? ¿A La Plata? ¿La Plata es un lado? ¿Qué es un lado? ¿Para qué estoy yendo a La Plata? ¿Por qué me subí al colectivo rojo si me dijeron que no lo haga? ¿Y por qué tendría que haber escuchado el consejo de Bernardo? ¿Quién es Bernardo? ¿Por qué se volvió tan central en estas horas de mi vida? Horas. ¿Será la vida algo más que horas? ¿Por qué dudamos? O al revés, ¿por qué buscamos certezas? O peor; ¿no es la búsqueda de certezas algo contradictorio con el afán de cuestionamiento? En realidad, parecería ser que, o bien cuestionamos, o bien buscamos certezas; ya que justamente el cuestionamiento arrasa con cualquier certeza. La certeza necesita cierta estabilidad, alcanzar algún saber firme y seguro,

mientras que la duda tiene más bien como objetivo la desestructuración de toda firmeza, mostrando su carácter endeble, interesado, engañoso. Pero entonces, ¿de qué se trata? ¿De dudar de todo o de alcanzar algún punto firme?

Es evidente que tanto nuestra finitud, como el devenir mismo de lo real, nos presentan un mundo a la deriva que busca desesperadamente de dónde asirse. Hay una primera evidencia desde la cual partimos que es nuestra finitud. O sea, nos morimos. Pero también estamos limitados. Hay necesidades sin las cuales, no sobreviviríamos. Y sobre todo estamos limitados porque no lo podemos todo. Las limitaciones nos instalan la pregunta por lo demás, por lo excedente —si lo hay—, por el tal vez más allá del límite. No puede no haber duda si partimos de un vacío de sentido ontológico. O dicho al revés: solo el absoluto garantiza la ausencia de duda. El absoluto. Etimológicamente es posible encontrar su origen como aquello que se encuentra absuelto, perdonado, liberado. Algo independiente. Sin ligaduras de ningún tipo. Algo absoluto es algo que no depende de nada ni de nadie. Todo lo contrario a un ser humano. Por eso, una primera explicación de nuestro impulso a la duda se encuentra en la propia radiografía de nuestro ser: partimos en los extremos de incertidumbres originarias. Es como un viaje del que sabemos tal vez cuál será la próxima parada, pero en el fondo no se sabe de dónde partimos y hacia dónde nos dirigimos finalmente; sobre todo porque tal vez no hay inicio ni final. O tal vez a la inversa los inicios y finales no sean más que lugares inexistentes que necesitamos afirmar para no caer eternamente. Lugares inexistentes, como esos pueblos fantasmas o esos sitios que habitamos en los sueños. ¿Por qué viajar supone un punto de partida y de llegada, y no un fluir incesante de algo que deviene? ¿Realmente irá hasta La Plata este colectivo? ¿Estoy durmiendo o soñando? O peor, ¿estamos durmiendo o estamos soñando? ¿Por qué pensar que el viaje tiene que ver con nosotros?

## 32. El método de la duda

Descartes hace de la duda un método y con él intenta resolver la tensión entre cuestionamiento y certeza. En una línea que recupera mucho del espíritu de la pregunta filosófica en algunos de sus momentos griegos y peleándose en especial con el decurso que la filosofía había tenido durante la Edad Media, Descartes sostiene la necesidad de solo admitir por válido aquel saber que sobreviva a la duda, que resista todo intento de refutación<sup>99</sup>.

Es posible pensar el camino del conocimiento al revés y alcanzar nuestro objeto de saber no de modo lineal y directo, sino a través de un proceso que en primera instancia busca demoler todas aquellas supuestas verdades de las que partimos. La filosofía en una de sus expresiones más potentes: desmontar las verdades circulantes. El camino cartesiano es contundente. Va dudando de todo, pero con un único y claro objetivo: alcanzar así algún saber que pueda ser puesto en duda. Dudar para alcanzar lo indubitable.

En primera instancia parece contradictorio y por eso es fundamental comprender el carácter metódico de la duda cartesiana. La duda no es el fin, sino solo un medio. Ni siquiera “solo”, sino el medio más importante que nos ayude a encontrar lo que supuestamente la filosofía busca: alguna certeza firme. Descartes no admite nada por verdadero en tanto pueda todavía dudar de ello. La apuesta cartesiana a la duda es ineludible, pero su objetivo es constructivo: destruir para construir. Destruir lo que puede todavía ser derribado para alcanzar una firmeza que nos permita luego, edificar un sistema de conocimiento que ya nunca más se caiga.